

# El desmemoriado

(Novela de ciencia ficción)

Fabio Martínez

1ª edición, *La Mirada Malva*, 2014  
Colección Mirada Narrativa 14

© Fabio Martínez, 2014  
© La Mirada Malva, 2014

Imagen de portada © Fernando Maldonado  
Fragmento de “Anunciación”, óleo s/lienzo  
Fotografía contraportada © María Isabel Casas R.

Reservados los derechos de esta edición para  
Editorial *La Mirada Malva*  
c/ Calvario nº 17, 18650 Dúrcal  
Granada – España  
Teléfono (34) 958 782 567  
[www.miradamalva.com](http://www.miradamalva.com)  
<http://miradamalva.blogspot.com>

ISBN-13: 978-84-940067-8-4

DL: M-2669-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra sólo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Índice

Bogotá, noche del 19 de diciembre de 2012.	7
Amanecer del 6 de agosto de 2068.	9
Vueltas eróticas virtuales sobre un mismo tema.	93
Bogotá, amanecer del 20 de diciembre de 2012.	173

*A la memoria de Ignacio Ramírez Pinzón.*

*El presente está en peligro. El planeta vive, titubea, rueda, eructa, tiene hipo, ventosea día a día. Todo se hace, se vive, a corto plazo. El futuro se borra tanto o más en cuanto depende, no solo de azares y bifurcaciones, sino también de un eventual todo o nada.*

Edgar Morin



**Bogotá, noche del 19 de diciembre de 2012**

*Pitty Caballero Santos es un profesional exitoso, casado con Manzana Siachoque Tibaduiza, que viven en un apartamento en el barrio La Macarena de Bogotá, Distrito Capital. Desde hace varios años, el profesor está vinculado a la memoria Babel, la compañía virtual más grande y próspera del planeta.*

*En sus años de juventud, Pitty deseó escribir una novela, pero cuando quiso hacerlo la literatura ya no existía. Las bibliotecas las habían quemado; las librerías habían desaparecido; los autores habían sido incinerados y los pocos que quedaban se iban suicidando; los críticos habían muerto, y algunos que sobrevivieron a la hecatombe, los habían condenado por plagio; los periódicos y magazines literarios eran obra del pasado y los lectores —rara avis in terris— estaban en proceso de extinción. Incluso, en los departamentos de literatura de las universidades donde siempre se ha odiado la literatura, ésta había desaparecido de los currículos, y ahora se enseñaba a los estudiantes a crear páginas web, redes sociales y blogs personalizados.*

*Si la gente quería leer una buena novela, tenía que meterse a la memoria Babel, y allí la encontraba.*

*Aquellos nostálgicos que aún deseaban pergeñar una pieza literaria, ahora tenían el consuelo de meterse en su tableta cibernética, escribir tres palabras claves en el programa 'Novel', y a los pocos segundos, la omnisapiente y poderosa memoria Babel les entregaba una novela escrita.*

*Para descansar del estrés que le demandaba su trabajo, Pitty quiso hacer una novela autobiográfica y futurista, situada en Bogotá, en el año 2068. Metió en el programa 'Novel' las palabras claves: "Pitty", "Manzana" y "Memoria", y a los pocos segundos fue apareciendo en su pantalla esta novela, que hoy, bajo la autorización de la gran matriz del mundo, nos permitimos reproducir íntegramente para los escasos lectores que quedan.*

## Amanecer del seis de agosto de 2068

El Distrito Capital de Bogotá, fundado por don Gonzalo Jiménez de Quesada, está de cumpleaños. Son quinientos treinta años de historia. La ciudad, que es controlada por el señor Presidente, desde el tótem del cerro de Monserrate, está de fiesta. Con su luz espectral, el tótem domina toda la sabana verdeesmeralda, que se extiende hasta el norte de la ciudad. Son quinientos treinta años de memoria. Pero cinco centurias y pico no son nada. En comparación con Madrid, París o Roma, su historia es breve y está llena de episodios trágicocómicos, que aún no terminan. La luz ultravioleta baña a la ciudad enclavada en la cordillera de los Andes. La marquesina de acrílico, que sirve de techo cuando llueve —uno de los mejores inventos del científico Goyeneche—, ha sido descubierta digitalmente, porque hoy es día de fiesta y no va a llover en la ciudad. Según el meteorólogo Max Henríquez V, se prevé sol en toda la sabana.

Pitty y Manzana, profesor universitario y ex empleada bancaria, se han levantado tarde porque la noche anterior estuvieron en el concierto virtual que el gobierno ofreció en el parque de El Salitre, en conmemoración de tan magna fecha. Allí, al calor de las bandas clonadas de música, *Chíatown* y *Ajiaco digital swing*, gritaron y bailaron hasta que quedaron roncos y extenuados. Luego, tomaron el metro que los llevó hasta la colina de La Macarena, donde viven en un pequeño hueco. Después de fumarse un cacho de marihuana sintética, la pareja

se puso a tirar hasta que se quedó dormida.

Aquel día, la pareja debía desplazarse hasta el Centro Distrital de Occidente, situado en las antiguas instalaciones del aeropuerto El Dorado, para recibir por parte del gobierno una tableta y su respectivo pin. Con el pequeño artefacto y su clave, los habitantes de Bogotá, sin excepción alguna, estarían incluidos en la memoria Babel.

La propaganda oficial en las pantallas de la ciudad era enfática:

*Recibe tu tableta cibernética y tu código de acceso hasta el seis de agosto a las 12 de la noche. Si no lo haces en esta fecha, quedarás excluido de la ciudad y te convertirás en un paria.*

Con una resaca terciaria que casi les reventaba la cabeza, Pitty y Manzana quedaron convalecientes en la cama, bebiendo jugo de feijoa y tomando aspirinas. Al mediodía, pidieron por la red una changua, chocolate y roscones dulces. En la tarde, mientras el Presidente hablaba por las pantallas desde Monserrate, se quedaron dormidos, y no despertaron hasta cuando el gran reloj digital de la ciudad dio las once de la noche.

Fue en ese instante que la bella Manzana despertó, y moviendo el cuerpo de Pitty, le dijo que tenían que vestirse rápido y correr hasta el centro gubernamental por el cerebro electrónico y el código de acceso. Si no lo hacían en ese instante, estarían en peligro de convertirse en seres desahuciados por el sistema. Pitty, que era lento por fumar marihuana y tenía un sentido del tiempo precolombino, le

contestó que lo dejara dormir diez minutos en paz; que el metro los llevaría en quince minutos. Manzana le dio varios golpecitos en el pecho, hasta que Pitty despertó, se puso una sudadera con los colores emblemáticos, terracota y amarillo de la ciudad, y una gorra roja del club deportivo Santa Fe. Bajaron a la Quinta y cuando llegaron a la estación del metro, había una cola humana que se extendía hasta la Séptima, y luchaba a brazo partido para poder llegar a una de las oficinas del gobierno. Algunos pasajeros se desplazaban en los taxi-volantes que se abrían paso por el cielo abierto y despejado. Al ver esta situación, Pitty y Manzana decidieron ir a pie; bajaron por el Parque Nacional, tomaron la avenida hacia la Veintiséis, y cuando llegaron a la avenida, esperaron en la esquina para ver si una zorra los arrastraba hasta las antiguas instalaciones de El Dorado. Esperaron media hora. En ese tiempo de angustia no pasó un alma por la avenida. Era raro, pero la ciudad más ruidosa y congestionada del mundo, ahora estaba vacía y en silencio. En una de sus últimas alocuciones, el Presidente había prometido que acabaría con los trancones de la ciudad, y le daría una solución radical al problema de la movilidad. Manzana pensó en lo que dijo el Presidente y le dio la razón: el Supremo superó radicalmente la movilidad de la ciudad, dijo, y se puso feliz al escuchar los ruidos que hacían las hojas de los urapanes cuando caían sobre el asfalto; se sentía dichosa al escuchar el sonido que producían las pepas de eucalipto cuando se estrellaban contra sus cabezas. Recordó a su abuelo, quien había vivido en el siglo pasado cultivando claveles en una

finca de la sabana; ahora la sabana era una ciudad-dormitorio llena de edificios de cemento, silos y talleres de robots. Decidieron caminar por la avenida vacía y silenciosa para ver si alcanzaban a llegar a la oficina del gobierno antes de medianoche. A la altura de la Treinta con Veintiséis comenzó a caer una llovizna pertinaz. Pitty y Manzana, que estaban acostumbrados a estos pasatiempos, se acomodaron sus gorras deportivas, se subieron el cuello de su sudadera, y entonces, fue cuando comenzaron a escuchar el sonido zigzagueante de la marquesina que se desplazaba lentamente desde los cerros tutelares de la ciudad y llegaba hasta Fontibón. La marquesina protegía a la ciudad de la lluvia y de cualquier objeto volador no identificable que viniera de la bóveda celeste y atentara contra la humanidad de los capitalinos. Al escuchar el sonido zigzagueante que hacía el techo, la pareja sonrió, y agilizó el paso. El invento de Goyeneche le había caído de perlas al Presidente. Cuando el viejo científico lo presentó ante las autoridades, fueron muchos los escépticos —incluyendo al profesor Pitty— que se burlaron de él y lo trataron de lunático. Pero el Presidente, quien lo escuchó con atención, enseguida integró el invento a su política de Seguridad Virtual Democrática —la SVD—, y fue todo un éxito que más tarde se copió en ciudades como Nueva York, París y Tokio.

Cuando pasaron a la altura de las instalaciones del periódico *El Tiempo*, iban tan agotados que Manzana comenzó a pelear con su compañero y a decirle que si se quedaban sin el computador y el respectivo código de acceso, él sería el responsable de sus desgracias en la ciudad. Debido a su lentitud

—producto de los pitillos de marihuana sintética con que se desayunaba todos los días—, sería el causante de sus desgracias en la capital.

El Distrito Capital de Bogotá, que según afirmaba la propaganda mediática del gobierno, cada día “estaba más cerca de las estrellas y más lejos del infierno”.

Cuando por fin la pareja llegó a las viejas instalaciones de El Dorado, vieron que un hombre de seguridad cerraba la pesada puerta, y le informaba a los pocos que no habían podido entrar, que el tiempo se había terminado. Llena de ira, Manzana se acercó al hombre y le suplicó que los dejara entrar, que en su reloj marcaba las once y cincuenta y nueve minutos. El hombre le dijo que la hora de su reloj no servía. Que la hora que ahora regía a todos los habitantes de Bogotá era la que daba el gran reloj digital de la ciudad, situado en el Parque de los Periodistas. Manzana le preguntó al hombre de negro qué iba a pasar con ellos.

*Entrarán en la lista de los indeseables. De ahora en adelante no recibirán ningún beneficio del gobierno. Serán perseguidos y encerrados. El gobierno dispondrá de cárceles-terapia para ver si se rehabilitan. Si no lo hacen, morirán en la hoguera virtual que arde toda la noche en la cárcel de máxima seguridad de La Picota.*

Manzana miró al agente que se desplazaba en cámara lenta, con pasos precisos y sincronizados, y le pareció extraño; con sus ojos húmedos se acercó a Pitty y le dijo: *¿Si ves, mi amor? Por tu maldita*

*lentitud siempre llegamos tarde a todo; hasta a la muerte.*

Y, tomando de nuevo el metro, regresaron a su apartamento.

Mientras el tren salía a la superficie y cortaba el aire frío y húmedo de la ciudad, divisaron el tótem de Monserrate, y no pudieron reprimir su odio profundo contra el Presidente y su nuevo régimen virtual, que había derrocado el Estado de Derecho y se había instaurado en la ciudad.

Aquella noche, Pitty y Manzana no pudieron dormir. Mientras el profesor releía las primeras páginas de *El Quijote*, en un viejo mamotreto que él había logrado salvar del tsunami bibliográfico más grande de la historia, su mujer prendió la televisión para ver las noticias. Sorpresivamente, de los 1500 canales que entraban a su apartamento, estaba vigente el canal institucional, que sólo daba noticias oficiales. Los 1499 canales restantes los habían suspendido. En la pantalla salió la imagen del Presidente satisfecho por la jornada, y enseguida apareció una lista de ciudadanos que por diferentes motivos no se habían presentado a reclamar la tableta y su respectiva clave. La noticia no denunciaba a nadie en particular, pero el hecho de estar en una lista del gobierno los señalaba como un posible grupo terrorista. Manzana, quien tenía unos ojos grandes, color miel, se buscó en la lista, y efectivamente allí estaba al lado de su flamante marido. Llamó a su madre por su celular intramuscular para ponerla al corriente sobre su situación, y el aparato le contestó que podía hablar sólo tres minutos; que la próxima vez debería meter su código de acceso para así poder hablar ilimitadamente. Medio dormida, la madre de Manzana le contestó. Ella le contó que no habían podido reclamar el computador y el código de acceso. La madre la escuchó en silencio; luego de un instante le dijo que eso le pasaba por estar metida con un marihuanero. Él no es marihuanero, mamá, dijo Manzana; él es un profesor distinguido de la Universidad Nacional. Es profesor, y su especialidad es la yerba sintética, ripostó la madre furiosa. Y la llamada, a los tres minutos exactos, se cortó.

Manzana llamó a Beatriz, su antigua compañera del banco. Ambas se habían hecho muy amigas; cuando a Manzana la reemplazaron de la corporación por un robot, Beatriz fue quien la contactó con la gente de los productos Avon para que no quedara vacante. El celular timbró. Beatriz andaba de rumba en su apartamento, y debido al Ipad que estaba a alto volumen, escuchó con dificultad. Qu'hubo, Manzanita, no escucho lo que dices. Toma el metro y ven para acá que estamos celebrando, dijo Beatriz medio tragueada. ¿Qué están celebrando?, preguntó Manzana. Y su amiga, medio achispada, le contestó: Manzanita, ¿en qué mundo vives? ¿No sabes que ayer fue seis de agosto, y por eso hoy, gracias al Presidente, todos los bogotanos estamos inscritos en la memoria Babel?

La llamada se cortó.

Manzana sintió que se iban quedando solos. Se acercó a Pitty, que en aquel momento estaba volando por la yerba, y con la rabia contenida, le dijo: Mira, Pitty, ya no tenemos acceso ni a la familia ni a los amigos; busca tus contactos para ver si salimos de este entuerto. Busca a tu amigo, Mazuera, el rector de la Universidad, para ver si él intercede ante el Presidente y nos dan ese maldito *laptop* y el código de acceso. Yo puedo ser vendedora de productos Avon, pero nunca seré una paria, como tú. ¿Yo, paria? Con el *bareto* en la mano, a Pitty le entró la risueña. ¿Paria, yo? Tú sabes todo lo que he estudiado para ser un académico. Todos los artículos indexados y los libros que he escrito para alcanzar un reconocimiento aquí, en la aldea global de Bogotá. Sí, pero de nada te sirvieron esos

pergaminos. ¡El diploma de la Harvard te ha servido para armar varios cachos de marihuana! ¿Y a vos qué te importa? ¡Moralista!, ripostó Pitty. ¿Tú no sabes que a la dulce *Mary Jane* la legalizaron hace veinte años? Ah, *Mary Jane*, la dama de los cabellos dorados, como decía el poeta que se parecía a un caballo. Con el *bareto* en la mano, el profesor se quedó pensando: No entiendo por qué atacan tanto a la yerba, si ella ya es legal. Hasta el Presidente debe fumarse sus cachos para así desestresarse de tanto trabajo. Manzana, que estaba a punto de darle un sartenazo en la cabeza, dijo como para sacarlo de casillas: Mazuera, que no estudió tanto y compró su diploma en la Universidad de Hawai, llegó más alto que tú. Es mejor escritor que tú, le gritó. Llámalo ahora mismo, a ver si nos ayuda a salir de esta ratonera.

Con la lentitud que siempre lo caracterizaba, Pitty marcó el celular de su amigo; después de escuchar el anuncio restringido, contestó Mazuera. Pitty escuchó sus primeras palabras y le pareció que no era su amigo el que está hablando al otro lado, si no otro. Hola, Pitty, ¿qué te sucede? Me imagino que estás feliz celebrando con tu mujer. Mazuera hablaba pero su voz era rara, extraña. Necesito que me ayudes urgentemente. ¿Qué pasa, viejo? ¿Necesitas ganarte el Premio Nobel de Literatura? No, hombre; es algo grave. ¿Qué es? Manzana y yo quedamos por fuera del sistema. Ah, la cagaste Pitty. Eso sí es grave. Me imagino que te dormiste acariciando a la dama de los cabellos de lino. Mazuera, ¿puedes ayudarme? ¿Puedes hablar con Presidencia? No. ¿Por qué? Tú fuiste generoso; siempre fuiste un intelectual

independiente. Sí, eso era antes, cuando estábamos bajo el régimen del Estado de Derecho; allí se podía pensar diferente; ahora, con el nuevo régimen, el pensamiento se uniformizó. Estamos vigilados por el programa espía de la memoria Babel. Por favor, amigo, ayúdame. Pitty, no te imaginas, ¡la memoria es prodigiosa!

La llamada se cortó.

Pitty y Manzana se miraron temerosos a los ojos. Después de varios años de haber vivido juntos, se abrazaron, y por primera vez pensaron que algo terrible iba a suceder en sus vidas.

Manzana Siachoque entró a trabajar al banco después obtener un MBA en la Universidad de Los Andes. Desde un principio, ella se caracterizó por su eficiencia profesional y por su carisma incuestionable. Como era una mujer hermosa, rápidamente se convirtió en el centro de las miradas de los hombres que trabajaban en el banco y aquellos que iban a realizar sus transacciones financieras. Allí conoció al doctor Lozano, el gerente general, que cada vez que se presentaba la ocasión, la asediaba sexualmente; allí también conoció a un importante corredor de bolsa que siempre le pedía la mano, y por supuesto, conoció al profesor Pitty Caballero, que cada mes se presentaba en la ventanilla de pagos a reclamar su mesada salarial.

El afortunado de los tres fue el catedrático y escritor de la Universidad Nacional.

Un día el doctor Lozano se dio cuenta que Manzana lo había echado a un lado por un cliente de bajo perfil financiero, como era el catedrático, que por más señas, sólo contaba con una vieja tarjeta débito. Herido en su ego personal, el doctor Lozano se presentó en la oficina de su empleada y le informó que para ser más eficiente en su trabajo, le iba a asignar a un robot con el propósito de que le ayudara en sus tareas. Manzana no vio en la decisión del jefe una amenaza a su estabilidad laboral; por el contrario, estuvo fantaseando con su amiga Beatriz acerca de las posibilidades emocionales del robot que le iban a asignar el día siguiente. Ojalá sea un robot seductor, le decía a su amiga y ésta replicaba: De pronto te pide la mano y deja con la boca abierta al doctor Lozano.

A la mañana siguiente vio que un hombrecito metálico se acercaba a su oficina a paso lento y sincronizado. Apenas lo vio, a la mujer le dio un ataque de risa. La máquina se puso al frente de ella y saludó: Buenos días doctora Manzana. Buenos días hombrecito. ¿Cómo te llamas? Me llamo “Roberto”. ¡Qué bello nombre! “Roberto”, ¿qué se te ofrece? Doctora Manzana, ¿será que la puedo tutear? Por supuesto. Vengo a colaborar en tu trabajo. Magnífico; tú serás de una gran ayuda para mí y para el banco. Y “Roberto”, solícito, se puso a ordenarle miles de archivos de su computador.

Al principio la relación entre Manzana y “Roberto” fue cordial, pero cuando la mujer vio cómo el robot hacía las cosas más rápido que ella y la iba desplazando en sus funciones, se quejó ante su amiga. Beatriz, ¿qué hago con ese muñeco metálico? Siento que me está quitando mi trabajo. La amiga sólo reía. Manzana, si algún día te supera en tu trabajo, no seas boba, puedes ordenarle que te cepille el pelo y te pinte las uñas. Beatriz, lo que te cuento no es un chiste; “Roberto” es tan inteligente que ya atiende clientes, hace transacciones internacionales y convoca reuniones a alto nivel con la gerencia general. Si es tan inteligente un día te pedirá que salgas a tomarte una cerveza y te acuestes con él. No, Beatriz, “Roberto” es inteligente pero no tiene flexibilidad de pensamiento; tiene memoria pero no tiene corazón. No creas, amiga, un día escuché por la televisión que una joven de Bogotá quedó embarazada por un robot. Beatriz, eso es ciencia ficción. Llámalo como quieras; pero hoy la ciencia ficción es más real que cualquier cosa. Beatriz, ¿no